

No les de miedo... Úntense las manos de tierra.

El otro día estuve en un supermercado. Tengo que confesar que desde siempre me han gustado los carritos de mercado y sueño con el día de montarme en uno de ellos, ya grande, y que me lleven a pasear en él, como lo hacía la mamá cuando notaba que caminaba a su lado más dormida que despierta. Por todo lo demás me resultan profundamente aburridos. Ése orden immaculado de los productos, tanta gente haciendo su mejor esfuerzo por no acabar con quien se llevará el último producto en oferta, las ofertas de pague tres y lleve dos por el precio de cuatro... En fin... nada en lo que me apetezca gastar mi tiempo...

Las plazas... eso sí es lo mío. Lo han sido siempre. La alegría del que descarga y surte, la variedad de frutas frescas, el color del pepino y la mazorca juntos, el desayuno *calentao* de los que madrugaron a surtir, los gritos de “pregunte por lo que no vea que si no está se lo conseguimos”, la *ñapa* del vecino, el olor de la verdura, el vallenato y el porro sonando al tiempo... Eso es vida...



Pero bueno, el cuento de ahora es el supermercado... así que trataré de ir al punto...



Llegué al sitio éste, no importa cual, en todos ocurre lo mismo; y como todas las veces en las que me veo obligada a visitarlos, llegué con una lista muy concreta. Mi primera misión es encontrar los carritos lo más rápido posible. Casi simultáneamente doy una mirada rápida al lugar, tratando de guardar en mi memoria la distribución de los productos para evitar demoras llenando el carrito. Eso me toma unos tres minutos. Cuando me siento segura de saber en dónde encuentro qué, comienza la carrera. En el camino evito mirar demasiado, trato, en lo posible, no demorar la elección entre productos por diferencia de precio o por variedad de marcas. Evito los caminos congestionados y sólo me detengo ante algo que llame mucho mi atención (velitas de diferentes colores y tamaños, por ejemplo). Mi desesperación comienza a aflorar cuando llego a la zona de vegetales... ahí me siento fatalmente inconforme... y esa es la mayor tardanza...Una parte de mi mente no para de decir: “¿Por qué no vamos a la

placita de la América?”, “¡Ay... si estuviera abierto el mercadito campesino del Parque de Laureles!”, “Hm! ¡ésta piña no huele a nada!”, “hmmmm!!! y estos tomates ... pobrecitos tan feítos.” La otra parte, sabiendo que es 31 de diciembre, que no hay nada más abierto, que tengo afán de volver a casa y que el transporte está difícil, pone su mejor cara y trata de seleccionar lo mejor entre tanto disgusto.

La peor sensación es al llegar a casa. Encontrarme con vegetales sin olor y envueltos en plástico, desata en mí, un sentimiento de ira culposa que nunca he podido evitar. Llegan imágenes a mi mente de gente en el supermercado desenrollando bolsas y más bolsas, gente comprando frutas envasadas en icopor y plástico, gente quejándose del costo de los productos orgánicos... gente como mi mamá o mi tía con las que algunas veces he ido al supermercado y con quienes siempre termino discutiendo por pedir la “bolsita” en la caja. Y ahora soy yo la que sin querer estoy casi envuelta en un papel *chicludo* transparente al que le busco, sin mucho éxito, la forma de reutilizar...Mi humanidad se ve en peligro de extinción.



Esta vez, aprovechando el espíritu de reflexión de fin de año, mientras desenrollaba el apio y el cilantro de su envoltura, traté de entender por qué hay una preferencia generalizada por los vegetales envueltos. Cuando terminé de desenvolver y alistar, noté que mis manos y uñas estaban negras. En el mismo momento recordé personas en el supermercado que cogen, como sin querer, con la yema de los dedos, las papas que se comerán al almuerzo, que prefieren la *frutica* envuelta porque se ve más bonita, que olvidan recoger lo que dejan caer de los estantes en su paso afanado por los corredores del supermercado y que señalan el plátano que se quieren llevar para que otro lo coja por ellos. Y aquí mi teoría...

El plástico es una barrera más que nos inventamos para evitar el contacto con lo que nos hace sentir... para desconectarnos.

Tener las manos llenas de tierra, oler la piña antes de comprarla, tomar y oler un puñado de cilantro fresco, empacar las papas a mano limpia, desgranar la arveja y el maíz, admirar el verde de la espinaca fresca, sacar uchuvas de su empaque natural, abrazar a don Martín cuando voy al Mercado Campesino y escuchar los remedios caseros para múltiples dolencias, de doña Blanca en la Placita de la América, son entre muchas semejantes, de las sensaciones más refrescantes y revitalizantes que he tenido en la vida. *Me aterrizan y siempre, siempre me hacen sonreír...*

No les de miedo, huelan lo que se van a comer, obsérvenlo, dejen que los vegetales les hablen, admiren los colores que nutre el suelo, miren los ojos de quien les vende...

Úntense las manos de tierra, que si les quedan sucias tendrán una excusa maravillosa para sentir el agua... y el ciclo de sensaciones revitalizantes se habrá completado...

-Río Arriba.

Para la protección integral del campo-